

CERO

Susana Torres Molina

1.-

EN UNA SEMIPENUMBRA VEMOS DOS CUERPOS,
PROXIMOS E INMOVILES.

EL un abrazo

ELLA uno de esos abrazos

EL en silencio

ELLA la mejilla sobre la otra mejilla

el aroma del perfume

el pelo aún mojado

EL el lóbulo de la oreja entre los labios

ELLA la lengua adentro del oído

lentamente

tanteando

muy lentamente

EL recorre el cuello

ELLA la nuca

EL la curva del cuello

ELLA la mano sobre la nuca se desliza suavemente

a contrapelo

una y otra vez

EL la mano, otra, atrae la cabeza hasta el pecho

ELLA agitado

EL hasta la suavidad y el calor de esa superficie

ELLA cada vez más agitado

EL la mano presiona la cabeza
mientras se desliza la boca hacia el vientre

ELLA la cintura se arquea

EL mientras se desliza

ELLA las uñas marcan la espalda
las nalgas

EL un tatuaje

ELLA el sudor en la frente
en los pliegues

EL en el nacimiento del pubis

ELLA restos de maquillaje en las sábanas

EL indicaciones al oído

ELLA

EL la boca abierta, bien abierta,
muerde el hombro

ELLA sin gemido

EL los dientes no dejan de presionar
hasta que la piel se rasga

ELLA la sangre deja huellas sobre lo blanco
junto al maquillaje

EL sólo mucho después suelta la presa

ELLA más indicaciones

EI

ELLA pide que la boca se deslice hacia ahí

EL las piernas se abren
todo el peso del cuerpo en los talones

ELLA lo intolerable de la urgencia

EL él retiene todo lo que puede

ELLA ella pide

EL él retiene

ELLA ella sacrifica su forma
se pierde

EL la boca llega a la otra boca
el pez besa el anzuelo

ELLA los labios
palpitan

EL se parten

BAJA LA LUZ.

2.-

CUANDO SUBE LA LUZ VEMOS A UNA MUJER DE UNOS CUARENTA AÑOS. ESTA UBICADA EN UNA AREA ACOTADA DEL ESCENARIO.
AUNQUE EL RESTO DEL ESPACIO SE MANTIENE EN PENUMBRAS, EN OTRO SECTOR DEL ESCENARIO VEMOS LA SILUETA DE UN HOMBRE.

ELLA:

Siempre llego antes.

No me importa esperar.

Al contrario.

Necesito habituarme al territorio.

Evitar imprevistos.

Si me voy a desnudar,

-y por supuesto que no hablo solamente de quitarme la ropa-
preciso confiar en lo que me rodea.

Por eso llego antes.

Quiero prepararme con suma lentitud.

Como si lo estuviera haciendo a altas horas de la noche,
en un hotel desconocido, frente a una ventana abierta.

Acomodarme a este nuevo aire,
es como acomodar el vestido en la silla.

Delicadamente.

Sin urgencias

No siempre se puede disfrutar de una espera.

Una espera que no humedece las manos ni produce taquicardias.

La tranquilidad de no ofrecer puntos débiles.

Ninguna fisura donde el miedo pueda anidar

Sí, elijo esta forma.

Una vez más.

Y aguardo, desprovista de expectativas.

Pero claro que no siempre fue así.

Hubo otras épocas, no muy lejanas,

de profunda tristeza.

Fue difícil darme cuenta de que algunos abrazos

encerraban más odio que amor.

Descubrir que en los vaivenes de la pasión,

se ocultaba una tremenda violencia.

Un disfrute ante el sometimiento.

Que los susurros del amor, rápidamente podían desembocar en insulto.

En golpe. En llanto.

En el jadeo de una bestia. En celo.

Muchas noches, demasiadas,

la necesidad me obligó a continuar con la mirada fija.

El tiempo suspendido, tan interminable como el deseo.

La conquista, siempre arrasadora.

¿Tenía que llegar hasta ese punto?

¿Era necesario?

No lo sabía en ese entonces.

Durante años fingí que no importaba.

Que no importaba, lo insoportable.

Que no importaba, que estrellarse fuera parte de la rutina.

Que no importaba, no ver.

No escuchar. No decir.

Que no importaba que el aire me traspasara como a un trapo agujereado,

de tan viejo.

Pero hasta ahí llegué.

Luego, no pude más entregarme.

¿Quién puede?

¿Quién puede olvidarse de sí, hasta ese punto.

Yo no.

Ahora ya lo sé.

Mi sexo, se recluía ante el temor.

La angustia terminaba construyendo un espacio entre mi piel y la otra piel.

Durante la noche, en el silencio, presa por la respiración de ese otro cuerpo,

tan amado, tan odiado,

tan amado,

surgían las voces.

Un coro obsesivo. Enloquecedor.

“¿Ya hay indicios de deterioro?

¿Debería estar preparándome para el golpe final?

¿O mejor me adelanto, y lo aniquilo primero?

Es él, o yo. Sí, es él o yo”

Y aunque las sábanas estuvieran aún calientes y húmedas

ante semejante monólogo

un hilo de tensión

recorría mi cuerpo, desde la cabeza hasta los pies.

Y se instalaba allí.

En la boca del estómago.

Pobre títere.

Pobre, pobre, títere, boqueando entre espasmos y suspiros.

Pero aquí, en este lugar neutral,

nada impide que mi mente se vacíe.

Cero

Soy un perfecto cero.

Aquí, el contacto es sólo eso.

Un palpar nervioso.

Un oído entrenado que prueba todas las combinaciones

hasta lograr abrir lo que hace unos instantes
permanecía blindado.

Y me abandono porque no tengo miedo.

Y no tengo miedo, porque no siento necesidad.

Ni siquiera un mínimo anhelo de que el encuentro
con aquel que ahora espera, detrás de la puerta,
dure más de lo necesario.

En este espacio rentado sólo hay conveniencias.

Un contrato bien delimitado.

Una intimidad acotada.

Nada que proteger o conservar.

Nada que agradecer.

Que traicionar.

Y si el servicio es deficiente, sin agitarme,
puedo cambiar y probar y volver a cambiar.

Dispongo de toda la libertad para hacerlo.

No me ata una cosa, u otra.

Sólo la voluntad de que cada vez sea diferente.

Una aventura, milimétricamente planificada.

Una aventura donde descubro que nada, nada se compara
al placer de dirigir la propia puesta en escena.

Y de a poco, casi sin darme cuenta,
ir habituándome a las dulzuras del poder.

Aquí le pago, lo justo, lo que indica mi antojo,
mi imaginación desatada,
para dejarme llevar

lejos

por su respiración agitada sobre mi nuca.

Para sentir su cuerpo, competente, haciendo presión sobre mi cuerpo,
hasta hacerme estallar.

Hasta hacerme sentir un charco. Una cosa.

Sin voluntad.

Algo disponible. Listo a responder.

No importa a qué.

No importa a quién.

No sé si él,

el hombre que dentro de unos minutos va a entrar en mi deseo,

que ya conozco y me conoce,

quizá como nadie,

estará disponible la próxima vez.

Y eso hace que cada vez

sea la última vez.

Que cada encuentro me obligue a un ir más lejos aún,

hacia lo que desconozco de mi misma.

La luz es artificial.

La disposición del encuentro, mi sonrisa, mi voz,

son tan artificiales como la luz.

De algún modo un descanso.

(SE ESCUCHAN DOS GOLPES)

¡Todavía no!...yo voy a decir cuando...

(PARA SI) Todavía no...

BAJA LA LUZ EN ESE ESPACIO.

3.-

SE ILUMINA EL OTRO ESPACIO DEL ESCENARIO. VEMOS A UN HOMBRE DE NO MAS DE TREINTA AÑOS.
EL AREA DE LA MUJER QUEDA EN PENUMBRAS. SE PERCIBE SU SILUETA, POR MOMENTOS INMOVIL, POR MOMENTOS EN MOVIMIENTO.

EL

Soy el hombre que espera detrás de la puerta.

Tengo órdenes de permanecer aquí.

De aguardar la señal.

La puerta cerrada

me recuerda otras puertas cerradas.

Ahora, ya ni intento adivinar los movimientos que suceden del otro lado.

Siempre son los mismos.

Cambia la mujer, pero lo que sucede ahí adentro,

los preparativos,

son parte de una rutina.

Estúpida.

Se lavan. Maquillan. Ensayan posturas. Movimientos. Gestos. .

Comprueban el aliento exhalando aire sobre la mano abierta

próxima a la boca.

Se miran detenidamente en el espejo.

Cuidan la forma de un modo obsesivo,

como si la estética en este caso tuviera alguna importancia.

Y no la tiene.

Ninguna.

Cuando finalmente llaman

y atravieso la puerta

dejo de ser el que soy.

Inmediatamente.

Me vacío.

Paso a desear lo que desea la mujer.

La que esta adentro. Esperándome.

Manos húmedas. Taquicardias.

Y ante ella, me vuelvo un recipiente.

Una cosa perfecta, que completa su anhelo.

Todos mis movimientos van dirigidos al consumo de su mirada.

A su control de calidad.

Cambio el acento.

La forma de pronunciar las palabras.

Me convierto en extranjero.

Alguien que no esta preparado para el diálogo.

Para entablar una conversación.

Y así, nuestras cabezas,

-contagiadas por la parquedad,

por los monosílabos y los silencios cada vez mas prolongados-,

van ralentándose hasta volverse indolentes.

Un puro arrastrarse detrás de algo parecido

al instinto.

Yo no espero nada.

Ella parece que lo espera todo.

La ultima vez, con esta misma mujer,

sucedió algo imprevisto.

Curiosa palabra para ser usada

por quien dice no esperar nada.

Pero, si, reconozco que hubo una leve variación en el guión

milimétricamente planificado.

Por ella. Por supuesto.

Ella, la que paga.

Al despedirnos

no pude evitar mirar su boca, ya que temblaba entreabierta

como a punto de decir algo,
algo que por alguna razón
no se animaba a decir.

Luego de unos instantes de vacilación, la cerró.

Su boca. La cerró.

Con firmeza.

Y se alejó, casi corriendo.

¿Qué querría?

¿Más de lo mismo?

En cambio, yo que estoy aquí, detrás de la puerta

esperando todavía,

quisiera ¡cómo quisiera!

que todo ya hubiera concluido

Que nadie estuviera del otro lado.

Esperándome.

Controlando mi performance.

Especulando si es plata bien invertida.

Si lo de hoy fue mejor que la semana pasada.

Si será diferente la próxima vez

Si no es mejor variar cuanto antes, porque ya se agotó la maravilla.

Hay momentos que necesito hundir los dedos en las sábanas

por terror a que mis manos se precipiten a su cuello.

Y aprieten. Aprieten.

Lo peor es que sé, que ella no haría nada para impedirlo.

Que gozaría hasta el final. Como goza con todo.

Y no, no haría nada para impedir que yo la sometiera.

Es que mis manos a veces no se conforman.

No se resignan.

No entienden de ganancias. De contratos,

Esperan otra piel y aparece ésta.

Tan ofrecida. Tan dispuesta al tacto.

Cuando ellas sólo añoran la otra. La que se retrae.

La áspera.

La que pocas veces está disponible.

En este mismo instante que me preparo para abrazarla

nada quiero más que abrir la otra puerta

la que está prohibida.

Abrirla. Entrar en la oscuridad de la noche

donde él espera.

No a mí.

O no sólo a mi.

Buscarlo entre las sombras.

Ubicarme entre sus hombres.

Ser uno más.

Esperar con el cuerpo doblado en dos por los celos,

mi turno.

Dejarme conducir como una novata

por sus manos habilidosas

hasta el fondo de mi carne.

Pedirle más y más y más.

Hasta explotar.

Y aún así más.

Cuando ella abajo de mi cuerpo goza

pide y goza

cuando ella me ofrece todo

todo lo que se le puede ofrecer a otro cuerpo

y me deja entrar donde me plazca

de cualquier modo

y acepta que no la bese en la boca

que no la bese

nunca

en la boca

y permite todo

porque para ella ya no existe otro modo

que el de pagar

y esperar

y probar

y pagar

y esperar.

Yo la miro, bajo mi cuerpo, y me veo en su rostro.

Soy ella

esperando mi turno

en fila

detrás de otros hombres

todos calientes

todos deseando furiosamente

ser elegidos,

atravesar la puerta

finalmente.

Dejar la intemperie.

Soy ella

en su necesidad insaciable

en la fragilidad

en su boca entreabierta y los ojos en blanco

en su forma de esperar.

Y arrasarse.

Una noche de éstas

mis dedos, van a soltarse de las sábanas

y ella va pedir lo que siempre pide

y yo le voy a decir como él me dice

que no respire más,

que respire

que no respire más

que respire

que no respire más

como último gesto.

BAJA LA LUZ EN ESE ESPACIO.

4.-

SE ILUMINA TODO EL ESCENARIO. SE LOS VE A ELLOS DOS QUE PERMANECEN EN SUS RESPECTIVAS AREAS.
A MEDIDA QUE DICEN EL TEXTO, SE VAN APROXIMANDO.

ELLA Soy tuya.

Me gusta decir, soy tuya.

EL Soy la carnada

ELLA Me gusta poder decirlo. Soy tuya.

EL Sólo soy la carnada

ELLA No te amo.

Jamás voy a amarte.

EL Lo que cubre el anzuelo

ELLA Quiero cerrar los ojos. Ponerlos en blanco.

Ciega .

EL Soy lo que enmascara el anzuelo.

Lo que provoca el hambre.

La carne que cubre el filo

que cortara la carne.

ELLA Soy tuya.

LAS LUCES BAJAN HASTA LA OSCURIDAD TOTAL.

